Lunes 8 de Octubre
El Universal.

La Leche es Poca

A los Pobres no les Toca

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

ENTRE otros, un problema económico, otro social y otro político están involucrados en la malhadada decisión de incrementar en 20% el precio de la leche. El primero atañe a la deficiente estructura productiva del lácteo, causa del faltante lechero que padecemos y del alto precio del producto; el segundo concierne a las consecuencias de ese precio alto en términos de desigualdad social; y el último tiene que ver con la inoperancia de los actuales mecanismos de examen público de las decisiones gubernamentales y la incapacidad ciudadana para organizarse en defensa de sus intereses.

En tanto que asunto puramente económico, la cuestión de la leche ofrece la siguiente perspectiva: producimos menos leche que la que consumimos y por supuesto mucho menos que la necesaria: la FAO ha señalado índices mínimos a este respecto y sólo disponemos del equivalente a dos tercios del requerido. Ello tiene dos consecuencias. De una parte, hemos de efectuar importaciones, que gravan nuestra balanza de comercio y obligan a subsidiar la operación de Conasupo, que es la encargada de realizar tales compras en el exterior para ponerlas en el mercado mexicano a precios más bajos que los vigentes en el internacional. De otro lado, la escasa oferta redunda en altos precios. Aunque estén regulados, y aunque haya resistencias oficiales para incrementarlos, es preciso hacerlo como en esta ocasión porque en efecto habría menos leche si no se autorizasen las alzas solicitadas.

El problema, a nuestro entender, está por un lado en la anacrónica forma de producción, que se refleja en baja productividad y escaso aprovechamiento de la vida útil de los animales; la intermediación onerosa aunque no sea excesiva y la falta de control de precios en los insumos. Hay, en efecto una incongruencia en disponer precios topes para un producto final y no para los ingredientes que conducen a su obtención o elaboración.

Ya ahora mismo la leche es producto de lujo para más de un tercio de mexicanos, que jamás han tenido ni tendrán posibilidad de incluirla en su dieta diaria. Cuando la leche es cara y poca, a los pobres no les toca. Ahora, un mayor número de personas quedarán fuera del mercado lechero, pues los incrementos salariales, para aquellas personas sujetas a ingresos fijos, van quedando chicos y no hay más remedio que apretarse el cinturón, es decir, comprar menos. Podados los eventuales consumos prescindibles, llega el turno a los artículos necesarios. Es el caso de la leche ahora que han roto los límites a los que podía llegar la capacidad económica de un buen número de personas. Si se piensa en que casi simultáneamente al incremento del precio lechero se han fijado las pensiones de los asegurados por el IMSS en $1,600.00, se infiere que personas así, obligadas a gastar en sólo un litro de leche al día la séptima parte de su ingreso total, ya no tendrán acceso a este producto.

Cuando aumenta el precio de un producto básico como en este caso, se manifiesta crudamente el círculo vicioso de la pobreza, que subrayará la desigualdad social. Los más pobres que, sin embargo, hasta ahora podían consumir este líquido y ya no puedan hacerlo, dejarán de ofrecerlo a sus hijos que crecerán desnutridos e inhabilitados, por tanto, para hacerse de la infraestructura personal que les permita allegarse los recursos para salir de pobres. Los hijos de estos hijos, en brutal secuencia, tendrán una constitución física, todavía más precaria y así sucesivamente.

Frente a estas decisiones y sus consecuencias pareciera que nada puede hacerse. Es cierto que los dirigentes políticos, los diputados, los líderes sindicales se manifiestan contrarios al aumento en el precio de la leche pero, en el mejor de los casos, sólo pronuncian palabras. Ni siquiera el mecanismo menor y más o menos eficaz de iniciar una averiguación parlamentaria corre con suerte. No se llamará al secretario de Comercio a la Cámara de Diputados, porque así lo resolvieron los responsables de la conducción legislativa. Cierto que la simple comparecencia no arreglaría nada, y hasta tendría un efecto adormecedor respecto de las verdaderas causas del alza. Pero cuando ni siquiera se puede interpelar a los funcionarios sobre sus decisiones —que por supuesto está más allá de su gusto y hasta de su convicción personal— nos quedamos sumidos en la indefensión.

(CONTINUA DE LA PAGINA VEINTUINA)

Salir de ella supone un esfuerzo de organización popular de los consumidores que les permita enfrentar no en términos individuales sino colectivos los problemas comunes, que no se reducen a la leche, pero que en ella encuentran ahora su expresión más hiriente.